

mujer, precipitose hacia la calle seguido de Oliverio.

Al día siguiente, y después de recibir la familia el socorro de un pan de dos libras y un pedazo de queso que llevó el mismo Bumble en persona, Oliverio y su amo volvieron a aquella misma vivienda, habiéndoles precedido el bedel acompañado de cuatro individuos del asilo de mendicidad, los cuales debían conducir el cadáver. Un raído mantón y un capote negro cubrieron los harapos de la anciana y el marido.

Inspeccionado el ataúd, cargáronse los mozos al hombro y bajaron a la calle.

—Ahora, buena mujer—dijo Sowerberry en voz baja a la anciana—procure usted avivar el paso, pues hemos perdido algún tiempo y no es cosa de hacer esperar al sacerdote... ¡Adelante, muchachos añadió dirigiéndose a los hombres—avanzad todo lo más de prisa posible!

Los mozos apretaron el paso, seguidos penosamente por la anciana y el marido. Bumble y Sowerberry iban delante: mientras que Oliverio corría al lado del fúnebre convoy, cuanto se lo permitían sus piernecitas.

Sin embargo, no urgía tanto apresurarse, como lo había dicho Sowerberry, pues cuando llegaron al oscuro rincón del cementerio, donde crecían las ortigas, festoneando el borde de las tumbas de la parroquia, aun no estaba allí el sacerdote; y el sacristán dió a entender que lo menos tardaría una hora en venir. En su consecuencia, depositose el ataúd junto a la fosa que debía ocupar; el hombre y la mujer esperaron pacientemente, azotados por una fría lluvia; mientras que algunos muchachos, atraídos por la curiosidad, comenzaron a jugar al escondite detrás de las tumbas. Sowerberry y Bumble, amigos íntimos del sacristán, calentáronse al fuego, leyendo un diario.

Al fin, después de una hora de espera, Bumble, Sowerberry y el sacristán se dirigieron presurosos hacia la fosa, y al mismo tiempo apareció el

cura, que se iba poniendo la casulla por el camino. Bumble regañó a dos o tres chicos, para salvar las apariencias, y el respetable eclesiástico, después de haber leído el oficio de difuntos en cuatro minutos, se marchó, entregando antes su casulla al sacristán.

—Ahora, Bill, haz tu oficio—dijo Sowerberry al sepulturero.

El trabajo no era penoso, pues hallábase tan llena la fosa, que el último ataúd estaba a muy pocos pies del nivel del suelo. El sepulturero arrojó sobre la caja algunas paletadas de tierra, que apisonó después, echóse las herramientas al hombro, y se alejó seguido de los muchachos, que se quejaban de que hubiese sido tan corta su diversión.

—Vamos, vamos, buen hombre—dijo Bumble, tocando ligeramente en el hombro al desgraciado—síguenos usted, porque van a cerrar el cementerio.

El interpelado, que no se había movido desde que se situó junto a la fosa, estremeciöse, levantó la cabeza, y mirando fijamente al que le hablaba, cayó desvanecido después de dar algunos pasos.

La anciana, preocupada con la pérdida de su mantón, recogido ya por Sowerberry, no se cuidaba de lo demás. Con un cubo de agua fría hizose recobrar el sentido al hombre, se le condujo fuera del cementerio, y después de cerrar la puerta con llave, cada cual se fué a su casa.

—Veamos, Oliverio—dijo Sowerberry a su futuro aprendiz.—¿Qué te ha parecido lo que has presenciado?

—Bastante bien, señor; doy a Ud las gracias—contestó el chico balbuceando; pero... no..., no muy bien, señor.

—¡Bah! ya te acostumbrarás, muchacho—replicó Sowerberry—todo es empezar, que luego ya no te extrañará nada.

Oliverio hubiera querido saber si su amo había necesitado mucho tiempo para acostumbrarse; pero creyó prudente no aventurar la pregunta y se fué a la tienda, muy preocupado por lo que acababa de ver y oír.

De *El Hilo de la Parroquia*, de CARLOS DICKENS.